

A portrait of Catherine L'Ecuyer, a woman with dark hair and a grey scarf, smiling slightly. The background is a wooden wall with green foliage on the right side.

“Los niños son una oportunidad cotidiana para volver a asombrarnos”

Su mirada sobre la infancia nos interesó, y quisimos conversar con ella. No sólo sobre cómo preservar la curiosidad y el asombro propio de los niños, sino también sobre cómo recuperar nuestra propia capacidad de maravillarnos.

por Anna Ortiz
fotografías de Regino Hillera

Vamos a empezar preguntando qué entiendes por asombro, y por qué consideras que es innato en el ser humano. Cuando un niño pequeño pregunta por qué el sol no es azul, o por qué no llueve hacia arriba, en general no está interesado en encontrar una respuesta, ni está cuestionando el orden establecido; se está asombrando ante una realidad que es, pero podría no ser. Este asombro es el deseo del conocimiento, y el motor para descubrir el mundo.

Y si no espera respuesta, ¿por qué lo formula en voz alta, ante un adulto? Porque cuando se asombran, necesitan hacerlo acompañados de una persona que les quiere: así, ellos triangulan entre el mundo y la persona que les acompaña. Pero cuando

lo respondemos, cerramos el círculo, en lugar de abrirlo: necesitan poner en marcha su curiosidad y sus preguntas, no recibirlo todo masticado en respuestas simples y concretas.

Y, los adultos, ¿tenemos el poder de apagar o de alentar este asombro?

Por supuesto. Lo llevan en sí mismos pero ni se asombran solos ni se educan solos. Lo habitual es que compartan sus preguntas con nosotros, en voz alta. En una encuesta para *La Vanguardia*, preguntaron cuál era la frase que más se oye en los parques de Barcelona. Cuando lo pregunto en algunas charlas me suelen decir: “Vámonos...”. Bueno, ¡ésta debe de ser la segunda! Pero la primera,

según la encuesta, era: “¡Mira, mamá!” Así es: se asombran en compañía de la persona querida, y podemos hacer mucho para alentarlos: respetar sus preguntas, sus ritmos, su necesidad de tiempo, de observación, de silencio.

¿Qué es la sobrestimulación?

Es dar al niño o niña, de afuera para adentro, lo que no necesita. Durante años, hemos creído que la sobrestimulación era necesaria para formar niños inteligentes. La estimulación temprana o precoz está fundamentada en este paradigma: el niño es un ente movido desde afuera, con unos hitos por cumplir, y cuando no se cumplen, realizamos actividades para *normalizar* al niño. Hoy sabe-

“Hoy sabemos que es tan nocivo el exceso de estímulo como la carencia de estímulo.”

mos que es tan nocivo el exceso de estímulo como la carencia de estímulo. La neurociencia ya afirma claramente que los niños y niñas tienen en sí mismos lo necesario y suficiente para el descubrimiento y el aprendizaje.

Hablas de la saturación de los sentidos: no sólo de irritabilidad o impaciencia, sino del ahogo de esa ingenuidad necesaria para maravillarse. Si el asombro es el deseo de conocer, cuando saturamos, bloqueamos ese deseo, que es imprescindible para jugar, para crear, para cualquier cosa que deban hacer desde dentro. Hoy en día, algunos niños y niñas están a la espera de que les entretengamos, les divirtamos y les empujemos desde afuera.

Pero si vivimos en una gran ciudad, con transportes masificados, una industria cultural y de ocio hiperestimulante..., ¿podemos abstraernos de eso? Y, si lo hacemos, ¿no terminamos en una burbuja?
Bueno, los niños saben lo que desean, pero no lo que necesitan, eso lo manifiesta su naturaleza. No saben que no se pueden tragar una pieza de juguete, ni comerse un pastel entero. Debemos actuar como filtro, pero no para excluirlos del mundo, sino para buscar alternativas que les respeten, que no quemem etapas.

D. Christakis, un experto en el *efecto pantalla*, habla también del *efecto desplazamiento*: hay muchas cosas que no son malas en sí mismas para los niños y niñas pero, mientras las hacen, ¡se están perdiendo otras que son mucho mejores! Se trata de dejar de pensar en términos de qué está bien o mal, para ir a lo mejor en la medida de nuestras posibilidades.

¿Cuál es la diferencia entre escuchar al niño y hacer o darle lo que nos pide, y escuchar a su naturaleza y hacer o darle lo que necesita?

Se encuentra en algo que los americanos nombran como *sensitivity*, que vendría a ser "sensibilidad", aunque no tenemos una traducción exacta del sentido de este término. Sería la intuición para satisfacer las necesidades del niño pequeño en cada momento, viendo lo que necesita. No nos referimos a sus caprichos, sino a lo que pide su naturaleza: sus tiempos, su orden interior, su inocencia, su sed de silencios. Esta sensibilidad hace que la relación entre el niño y su cuidadora o cuidador sea buena y segura. ¡Esto marca la diferencia: no la cantidad de estímulos que recibe, sino la calidad de la relación con su principal cuidadora!

Esta intuición, ¿la tenemos todas las madres y padres?, ¿se pierde, se aprende? Porque afirmas que somos víctimas de la industria del consejo educativo...

Es algo que tenemos, pero hemos perdido al ritmo de un mundo acelerado e hiperexigente. En los estantes de crianza o educación de las librerías, los títulos empiezan con...: *10 claves para...; Cómo lograr...; Un método para...* Y los compramos porque tenemos poco tiempo y buscamos las recetas fáciles, pero para criar y educar, no hay recetas. Además, las recetas educativas se enfocan sobre el *cómo*, pero no sobre los *porqués* y los *para qué*. Necesitamos preguntarnos por los fines y los motivos, por ejemplo sobre por qué no nos escucha o no nos obedece un niño. No se trata de practicar cómo ser mejores en mandar: quizá no nos escucha porque está agotado, o hay tanto ruido que ni puede oírnos. Hay que ir a la raíz.

Los métodos, por lo general, no sirven porque las personas no somos



Catherine L'Ecuyer se dedica a la investigación sobre los procesos de aprendizaje y la influencia del asombro en el desarrollo, con el proyecto *Apego-Asombro* y la publicación de *Educar en el asombro* (Plataforma Editorial, 2012). En la actualidad asesora a educadores y familias, y publica regularmente en el blog apegoasombro.blogspot.com.es que cuenta ya con casi 28.000 visitas mensuales.

Tiene un profundo sentido de la trascendencia, que vincula con la idea del misterio lleno, sugerente: "*Los niños tienen un sentido de trascendencia de forma innata. Más allá de nuestras creencias, debemos reconocer su sed por lo trascendente. Si apagamos esto, o lo ignoramos, vamos en contra de su naturaleza. Ignorar lo trascendente es no dar sentido a lo que viven*".

"El niño se asombra en compañía del adulto que le quiere, para poder triangular: él, el mundo y ese adulto como intermediario."

Rutinas con sentido

Distingues entre rutina empobrecedora y rutina con sentido, o ritual.

Es fácil observar que les encanta repetir gestos, día tras día, papá dando su beso que pica, mamá que hace cosquillas a la hora del pijama... todo eso les fascina. El rito es la rutina humanizada: mamá con las cosquillas, papá con su barba que pica. Volvemos a lo mismo: la compañía del adulto que le quiere, para poder triangular (él, el mundo y ese adulto como intermediario). Por eso una pantalla no es mala en sí misma pero no es un intermediario válido entre el niño y el mundo. No transmite valor, no aporta matices, no está viva. La pantalla no calibra la realidad, sólo la presenta; y el niño necesita dar sentido a lo que le rodea.

Entonces ¿hay que cuidar esos rituales?

Sí, pero no hace falta inventarlos pues ellos los encuentran solos: vamos a buscar a su hermano a la escuela, y por el camino pisa cada día el mismo charco con el pie derecho. Le encanta, y además le encanta que le mire mientras lo hace...

Eso será para mamás que pueden pararse en cada charco. ¿Dónde están esas mamás?!

Hagamos lo que podamos. El recorrido hasta la escuela lo hacemos todos. Podemos hacerlo un poco más tranquilos, o quizá no siempre pero sí algunos días. Ver lo extraordinario en lo cotidiano no es sólo cosa de niños: los que vivimos con ellos podemos verlo como una oportunidad...

¡Pero requiere tener tiempo!

O saborear el poco que tenemos...

máquinas; somos mucho más complejas. Y las soluciones no son aplicables en masa, sino que están en cada persona y en cada relación. Por eso, la *sensitivity* es tan importante porque trata de conectar con las necesidades de una persona específica, en un momento específico.

Hablas también del *niño original*, que es él mismo, es genuino...

Sí, no es el niño perfecto sino el que puede iniciar desde dentro el aprendizaje; no reproduce modelos sino que inventa y crea; tiene interioridad; se hace preguntas y llega a sus conclusiones; no tiene miedo a equivocarse. Es el niño o niña que no ha entrado en el círculo vicioso de la sobreestimulación externa, que cancela su asombro, y le hace adicto a sensaciones cada vez más fuertes para reiniciar el círculo vicioso...

Y, ¿qué papel juega ahí lo que llamas el *caos controlado del juego libre*?

El juego libre es realmente importante porque es así como los pequeños descubren, practican, incluso controlan sus impulsos... Se trata de un juego espontáneo, en un entorno preparado, como proponía Mon-

tesori. Libre no significa que puedan ir rotando periódicamente por los rincones de juego y cambiándose los juguetes cada tanto tiempo... ¡jeso no es juego libre!

¿Cómo diferencias entre educar e inculcar?

Inculcar es administrar conocimientos y valores, del adulto al niño... y, generalmente, el segundo no los interioriza, no los hace suyos, por eso no es sostenible en el tiempo ni tiene sentido para el niño: ¡es una pérdida de tiempo! Educar es acompañar a la persona, y ahí el protagonista es el educado, mientras el adulto permanece a su lado, ofrece un entorno adecuado, propone, trabaja para que pueda salir lo mejor del otro.

¿Qué es lo que llamas el *niño trofeo*?

Es el niño al que concedemos todo lo que pide, para tenerlo tranquilo y seguir luciéndonlo. Es más fácil eso que lo contrario, ¡aunque luego les llamemos *pequeños tiranos*...! A veces pensamos que educar es conseguir que se porten bien pero, ¡es mucho más que eso! Un niño o una niña que se porta bien, puede estar bien educada pero también puede estar apalancada,

aburrída, desmotivada... Puede estar sentada con una pantallita, y no molesta, pero eso no significa que sea capaz de relacionarse con los demás o capaz de ser creativa...

¿A qué te refieres con la *reducción de la infancia*: a quemar etapas, a empobrecerlas?

Las etapas vitales se suceden pero, para pasar a una nueva, hay que haber recorrido la anterior. La infancia es una etapa fundamental, y hay que vivirla, en lugar de plantear el desarrollo como una carrera para dejar atrás la etapa actual. Es importantísimo respetar las etapas, hasta el punto que yo creo que el infantilismo de los adultos es consecuencia de no haber vivido la infancia... Y, ¡obviamente, es más grave!

Hablemos un poco sobre la *belleza y la fealdad*.

Los filósofos definen la belleza como "la expresión de la verdad y de la bondad". Puede parecer muy elevado pero hay una verdad que viene con la naturaleza de los niños y, si no la respetamos, asistimos a aquel "grito de la naturaleza" del que habla Montessori, que hoy

"La *sensitivity* es una intuición que conecta con las necesidades de una persona específica, en un momento específico."



Regino Hillera

podríamos llamar *trastornos*. Respetar su naturaleza significa también respetar su sed de belleza. ¿Cómo?: poniendo a su alcance experiencias estéticas de calidad, acercándoles a la naturaleza, a las cualidades humanas como la alegría o la amabilidad. Y alejándonos de lo contrario: los modelos deprimentes y téticos, de misterios vacíos, o estridentes, o acelerados.

Destacas a menudo que los niños y niñas tienen sed de misterio pero no de cualquier tipo de misterio. ¿Hay misterios de distintas calidades?, ¿cómo distinguir un misterio vulgar de un misterio rico?

El misterio no es lo que no comprendemos sino lo que no acabamos de abarcar nunca porque es infinito. Mientras los adultos solemos reducirlo a nuestra capacidad de abarcarlo, “para que nos quepa en la cabeza”, los niños y niñas lo ven como una oportunidad inagotable de conocer... ¡Para ellos es un chollo! Y están sedientos de ése misterio más profundo. La diferencia entre el misterio lleno y el vacío es ésta: el misterio lleno es infinito, es sugerente; en cambio, el misterio vacío es opaco, carente de belle-

za. Y tenemos muchos modelos de este tipo.

¿Te refieres a los modelos culturales y a los juguetes que precisamente tienen más éxito?

Sí. Hoy, el *merchandising* está relacionado con el poder, la magia, la oscuridad... Y ellos se sienten atraídos por todo esto pero se trata de un misterio hueco, mediocre, vacío de sentido. Es un verdadero culto al feísmo; y, aunque no hay *medidores de belleza*, sí que hay *pieles finas* y *pieles de elefante* para reconocer la belleza que hay en las cosas.

Pero habrá adultos con *piel de elefante* para reconocer la belleza, con niños a su cargo.

En tal caso, será difícil que ese adulto tenga esa *sensitivity* para reconocer la naturaleza y las necesidades del niño. Pero hay una paradoja fascinante: que un adulto con piel gruesa, a base de estar mucho tiempo con un niño y de quererlo mucho, puede aprender a conocer sus necesidades y su naturaleza y, a partir de eso, redescubrir también las suyas. Por eso, los niños pueden ser para los adultos una oportunidad para volver a asombrarse.

¿Qué necesitamos de manera más urgente?

Algo de tiempo para leer, cuestionarnos y cambiar poco a poco los modelos, y también buscar recursos. Debemos tomar decisiones valientes, y digo valientes pensando en conocer lo que es óptimo para, luego, en la medida de nuestras posibilidades, tomar decisiones y asumirlas. No hace falta cambiarlo todo sino hacer pequeños cambios; los posibles en cada momento. Hacerlo lo mejor que podamos, sin culpas, porque no hay un modelo único sino el nuestro. Lo esencial es simple: escucharlos, pasar tiempo con ellos, conocerlos mejor. Las respuestas están ahí; en mirarlos, no en las soluciones de los libros.

Lo único imprescindible es conectar con la naturaleza de los niños porque hemos perdido ese contacto. Y merece la pena. ●

Anna Ortiz es redactora especializada en crianza y redactora jefe de *Creer en Familia*.

“Lo esencial es simple: escucharlos, pasar tiempo con ellos, conocerlos mejor. Las respuestas están en mirarlos; no en las soluciones de los libros.”